

NÚMERO 1

UNA NUEVA GEOGRAFÍA PARA UNA NUEVA LONGEVIDAD

JUNIO 2026

Latitud Silver®



NOTA DESTACADA

Simone: La vejez que no pudo imaginar



Latitude Silver[®]

Contenidos

Latitud Silver	P.7
Una nueva geografía para una nueva longevidad	
Menos nacimientos, más longevidad: La Argentina que envejece sin plan	P.10
Simone: La vejez que no pudo imaginar	P.16
La longevidad nos encontró sin manual de instrucciones	P.20
The Shift Challenge 2026	P.24
El deseo no envejece: Erotismo, intimidad y la nueva libertad de los cuerpos	P.30
Shoshana Zuboff: La lucidez necesaria en la era del “capitalismo de vigilancia”	P.37
TAI CHI CHUAN: La revolución silenciosa del movimiento lento	P.42



Una nueva geografía para una nueva *longevidad*

Todavía hoy, en el mundo de la comunicación, la juventud sigue siendo la medida de todas las cosas. Es el faro, la promesa y la estética dominante. Las marcas buscan su ritmo, la cultura persigue su brillo y el mercado interpreta sus códigos como si allí residiera todo el futuro.

Mientras tanto —en paralelo, en silencio, pero con una fuerza que ya nadie puede ignorar— crece otra latitud humana: la de quienes superamos los 55 años y estamos redefiniendo qué significa vivir, desear y proyectarnos en el siglo XXI.

No es un fenómeno menor; es una transformación profunda. Cada año, la expectativa de vida se prolonga. En ese territorio recién inaugurado, millones de personas inventan nuevas formas de ser: aprenden, crean, trabajan, se enamoran y vuelven a empezar.

En este punto de inflexión nace **Latitud Silver**: un espacio que busca poner palabras donde hay silencios, imágenes donde faltan referencias y diálogo donde todavía prevalecen los estereotipos. Nacemos en un mundo donde la longevidad ya no es solo un dato demográfico, sino una nueva forma de estar en el tiempo y en la vida.



En Latitud Silver queremos escuchar esa música. Aquí, la edad no reduce, sino que ensancha; no limita, sino que potencia; no detiene, sino que transforma. Buscamos ir más allá de los diagnósticos para acercarnos a las emociones, las dudas y los deseos que emergen cuando la vida deja de ser una línea recta y se convierte en un mapa más amplio, poroso y libre.

La longevidad es una conquista colectiva, pero, como toda conquista, trae preguntas inevitables: ¿Cómo queremos habitar estos años? ¿Qué haremos con esta segunda o tercera oportunidad? ¿Qué sociedad debemos construir para que este tiempo no sea el privilegio de unos pocos, sino un horizonte para todos?

La “longevidad aspiracional” —la del bienestar, el estilo y la reinención— convive con la longevidad real. Nuestro compromiso es mirar ambas dimensiones sin idealizaciones ni simplismos, con sensibilidad y verdad. Lo hacemos bajo una convicción firme: la experiencia no es obsolescencia. Es un capital emocional, cultural y humano que el mundo necesita hoy más que nunca.

Nunca existió una civilización con tantas personas mayores *activas, curiosas y conectadas*. Por eso, las categorías tradicionales ya no alcanzan: necesitamos un lenguaje para una era distinta.

Entre la juventud y la vejez se ha abierto un territorio fértil, lleno de voces que buscan representación y relatos que aún no han sido escritos.

Nacemos para dar forma a esa nueva cultura y a la comunidad que la sostiene: contar historias, abrir preguntas, tender puentes entre generaciones y construir un espacio donde reconocernos. Una sensibilidad compartida en la que cada etapa tenga su belleza, su dignidad y su potencia, y donde el tiempo que hemos ganado se convierta, también, en un proyecto en común.

Bienvenidos a Latitud Silver.

José Edgardo Scaliter
Director — Latitud Silver

Menos nacimientos, más longevidad:

La Argentina que envejece *sin plan*



Argentina envejece a una velocidad inédita mientras la dirigencia sigue atrapada en la urgencia del día a día.

Menos nacimientos y más longevidad no son una anécdota estadística: son el anticipo de una tensión económica y social que puede comprometer jubilaciones, empleo y cohesión en apenas dos décadas.

El problema no es del futuro lejano: *es ahora*.

Hay transformaciones que hacen ruido y otras que avanzan en silencio. La caída de la natalidad y el envejecimiento poblacional pertenecen a esta última categoría. No generan marchas ni titulares estridentes, pero están modificando la estructura profunda del país, y lo hacen a una velocidad que debería encender alarmas más intensas que las actuales.

Argentina dejó de ser, demográficamente, el país joven que fue durante gran parte del siglo XX. En apenas una década, los nacimientos cayeron de más de 777.000 en 2014 a alrededor de 460.000 en 2023: un descenso cercano al 47%. No se trata de una oscilación coyuntural, sino de un cambio estructural.

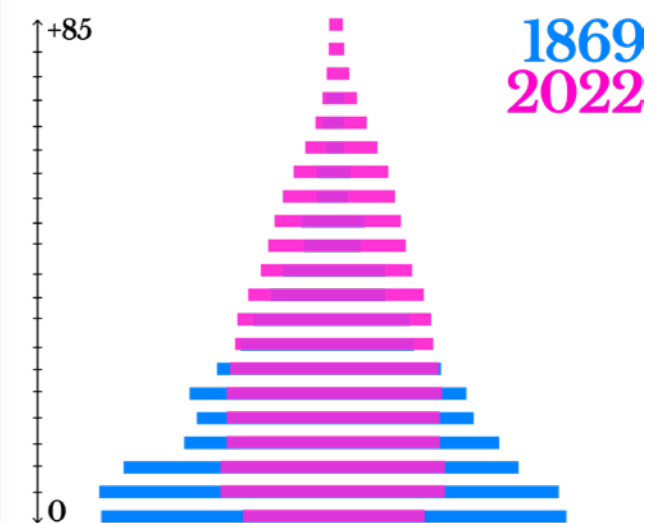
La tasa de fecundidad ronda hoy 1,4 hijos por mujer, muy por debajo del nivel de reemplazo (2,1). En la Ciudad de Buenos Aires, el indicador se acerca a un hijo por mujer: cifras que hasta hace poco parecían propias

de sociedades como Japón o Corea del Sur, no de un país latinoamericano.

Las causas no son un misterio: postergación de la maternidad, incertidumbre económica crónica, precariedad laboral, inflación persistente, trayectorias educativas más prolongadas y un cambio cultural profundo en las prioridades vitales. Tener hijos dejó de ser un mandato social incuestionado; hoy es una decisión que compite con muchas otras y que suele postergarse hasta que, en numerosos casos, ya no ocurre.

Mientras tanto, los argentinos viven más años. La proporción de personas mayores de 65 años pasó de menos del 7% en 1970 a más del 12% en la actualidad. Proyecciones del INDEC indican que hacia 2040 podría superar el 16%, mientras la población infantil continuaría reduciéndose.

“La pirámide poblacional comienza a *invertirse*: menos niños, más adultos mayores; más jubilados, menos trabajadores.”



El cambio no es solo estadístico; ya se percibe en los hogares. En 1991, el 56% de las viviendas tenía menores de 18 años; en 2022, esa proporción cayó al 44%. Los hogares sin niños representan hoy el 57% del total, y crecieron con fuerza los unipersonales. Vivimos más tiempo y con menos hijos.

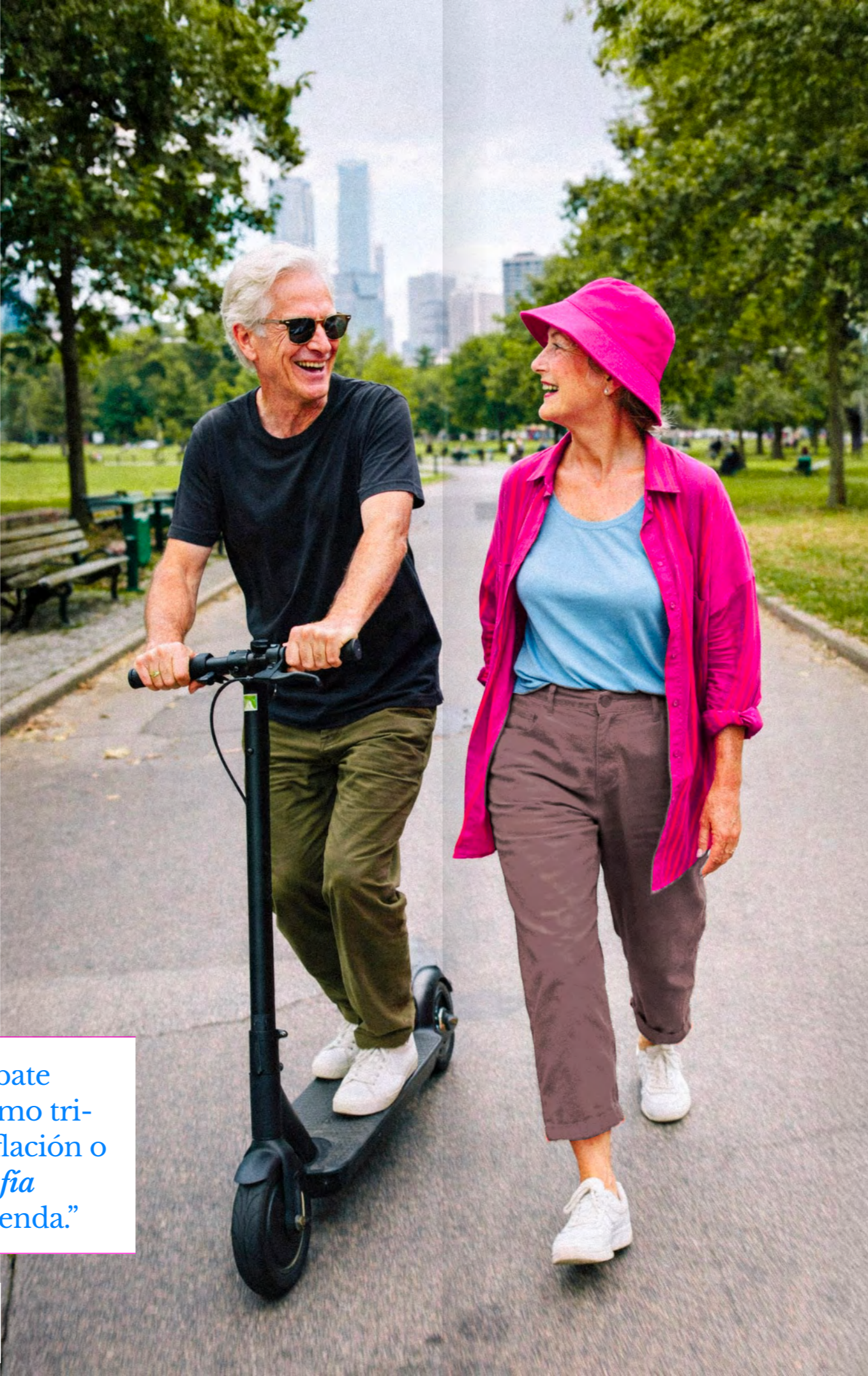
El resultado es una sociedad más envejecida y con mayores demandas de cuidado. En los hogares monoparentales, ocho de cada diez jefaturas corresponden a mujeres que combinan trabajo remunerado y tareas domésticas. A medida que aumenta la población mayor de 80 y 85 años, también crece la presión —a menudo invisible— sobre redes familiares ya tensionadas.

La dimensión económica es aún más delicada

El sistema previsional argentino funciona mayormente bajo un esquema de reparto: los trabajadores activos financian las jubilaciones vigentes. Cuando la relación entre aportantes y beneficiarios es amplia, el sistema se sostiene; cuando se reduce, se tensiona.

Hoy el gasto previsional representa una de las principales partidas del presupuesto nacional. Organismos como el Banco de Desarrollo de América Latina han advertido que, si se mantienen las tendencias demográficas y no se introducen reformas estructurales, el déficit previsional podría alcanzar niveles críticos en las próximas décadas.

“En Argentina, en cambio, el debate público gira alrededor del próximo trimestre, el próximo índice de inflación o la próxima elección. La *demografía* rara vez ocupa el centro de la agenda.”



La OCDE viene señalando desde hace años que los países con envejecimiento acelerado deben revisar la edad de retiro, los incentivos y los parámetros del sistema para garantizar su sostenibilidad.

El mercado laboral también sentirá el impacto. Menos nacimientos hoy implican menos jóvenes ingresando al trabajo dentro de 15 o 20 años. En España, por ejemplo, el envejecimiento llevó a que parte del empleo reciente fuera cubierto por inmigrantes, sosteniendo el dinamismo económico.

Alemania, Japón y Corea del Sur desplegaron políticas combinadas de incentivos familiares, reformas previsionales e inmigración selectiva para amortiguar el impacto.

Lo más inquietante es que estos procesos no se revierten de un año a otro. Aun si mañana se implementaran políticas agresivas de apoyo a la maternidad —licencias extendidas, redes de cuidado accesibles, beneficios fiscales, estabilidad laboral—, los efectos se verían recién dentro de dos décadas, cuando esos niños ingresaran al mercado de trabajo.

La demografía no responde al calendario electoral

Y no se trata solo de un fenómeno local. Europa envejece aceleradamente. Japón es el caso paradigmático: más del 28% de su población supera los 65 años. Corea del Sur registra una de las tasas de fecundidad más bajas del mundo. Incluso China enfrenta un pronunciado descenso de nacimientos tras décadas de política de hijo único. América Latina, históricamente percibida como joven y dinámica, también recorre ese camino.

La diferencia es que los países desarrollados envejecieron después de alcanzar altos niveles de ingreso per cápita. Argentina lo hace en medio de fragilidad fiscal, informalidad laboral superior al 40% y un sistema previsional ya tensionado.



“La Argentina del futuro ya empezó a tomar forma: menos bebés en las salas de maternidad, más adultos mayores en consultorios y centros de día. El cambio no es ideológico ni partidario. *Es demográfico.*”

Una ecuación cada vez más difícil

Si no se amplía la base de trabajadores formales, si no se revisan los parámetros previsionales con una mirada técnica y consensuada, si no se construyen redes de cuidado que permitan compatibilizar trabajo y familia, el país podría enfrentar en dos o tres décadas una ecuación compleja: menos personas produciendo y aportando, más personas requiriendo ingresos previsionales y servicios de salud de mayor complejidad.

No es una bomba que explote de un día para el otro, sino una presión creciente que erosiona, año tras año, la sostenibilidad del sistema.

Sin embargo, el tema casi no aparece en campañas ni en debates parlamentarios de fondo. Se lo aborda de manera fragmentaria: una moratoria aquí, un bono allá, un parche presupuestario más. Falta una estrategia integral que asuma que el país que viene será demográficamente distinto del que conocimos.

La discusión debería incluir incentivos reales para quienes desean tener hijos y hoy no pueden por razones económicas; un sistema de cuidados que no recaiga casi exclusivamente en las mujeres; reformas previsionales graduales y previsibles; y una política migratoria inteligente que complemente la fuerza laboral sin improvisaciones.

Nada de esto es sencillo. Todo exige acuerdos de largo plazo.

Pero lo más preocupante no es la complejidad técnica, sino la ausencia de voluntad política para instalar el tema como prioridad estratégica.

La pregunta es si vamos a anticiparlo o si, una vez más, reaccionaremos cuando el problema ya esté sobre la mesa, con menos margen de maniobra y mayores costos sociales.

Porque detrás de cada porcentaje hay algo mucho más concreto: quién trabajará, quién aportará, quién cuidará y quién sostendrá el entramado solidario que hace posible la vida en común.

La demografía no grita, pero marca el destino.

Nos interesa tu opinión y tus sugerencias. Escribe a info@latitudsilver.com y ayúdanos a seguir mejorando.

Simone: La vejez que no pudo *imaginar*

Simone de Beauvoir (1908–1986) fue una filósofa, escritora y figura central del existencialismo francés. Autora de “El segundo sexo”, obra fundacional del feminismo contemporáneo, también se destacó en la novela, el ensayo y las memorias.

Su libro *La vejez* (1970) es un análisis pionero sobre la construcción social del envejecimiento. Pareja intelectual de Jean-Paul Sartre, Beauvoir vivió comprometida con la *libertad y la igualdad*. Falleció en París, dejando un legado que sigue influyendo de manera decisiva en nuevas generaciones de pensadores.



El territorio de lo íntimo

Cuando Simone de Beauvoir publicó *La vejez*, ya era una figura intelectual indiscutida. Sin embargo, ese libro la enfrentó a un territorio más áspero que cualquier otro. Escribió desde un lugar que conocía, pero que también la intimidaba: analizaba el envejecimiento ajeno para entender, en el fondo, su propio lugar en el tiempo.

La impulsó una mezcla de indignación, lucidez y ternura. Indignación ante el trato social hacia los mayores; lucidez para diseccionar el fenómeno sin sentimentalismos; y ternura para rescatar la humanidad que el mundo prefería ignorar.

“La vejez queda siempre al margen de la vida”, escribió al inicio, marcando el tono de un ensayo que, medio siglo después sigue incomodando y despertando conciencias.

El desfasaje del sentido

Beauvoir observaba que la modernidad prolongaba la vida, pero no ampliaba su sentido. Ese desfasaje es el corazón de su obra. A diferencia de sus ensayos más conceptuales, este se construye en múltiples capas: antropología, historia, economía y literatura, entrelazadas con la experiencia personal. El resultado es una radiografía implacable de cómo se construye socialmente la figura del “viejo”.

Allí aparece una de sus sentencias más proféticas: “El anciano es, para los otros, un ser aparte, un extranjero en su propia tierra”. Una frase dura que hoy resuena como advertencia en plena era de la longevidad.

De la retirada a la conquista

Leída desde el presente —cuando vivimos treinta o cuarenta años más que su generación—, su premisa cobra una relevancia renovada. Beauvoir analizó una época en la que envejecer equivalía al retiro forzoso; hoy habitamos una realidad donde la longevidad es una etapa extensa, vital y abierta a la reinención.

Sin embargo, el contraste no invalida su mirada: la amplía. Lo que Beauvoir no llegó a vislumbrar es que ese tiempo añadido podía convertirse en una conquista, siempre y cuando la cultura dejara de definir al mayor como un “cuerpo en descenso” y empezara a reconocerlo como un sujeto de derechos, deseo y futuro.

La mirada ajena

En uno de los pasajes más potentes, sostiene: *“La sociedad construye la vejez como una forma de muerte anticipada”*. Se refería al modo en que los mayores eran apartados de la conversación pública y de la toma de decisiones. Ese aislamiento no era solo físico, sino también simbólico.

Aún hoy, esa pérdida de voz y de autoridad sigue siendo reconocible para millones de personas. Su análisis de la percepción externa resulta especialmente vigente: “No me reconozco en el rostro que los otros ven. Ellos me definen antes de que yo pueda definirme a mí misma”. Este conflicto entre identidad propia y mirada social es uno de los nudos psicológicos centrales del envejecimiento contemporáneo.



Un ser humano entero

Pero, así como denuncia, Beauvoir también revela. Se abre a la subjetividad con una empatía inusual para su época, describiendo la vida interior del mayor no como un desierto, sino como un territorio profundo, lleno de memoria y sentido.

En un fragmento conmovedor afirma: “El viejo sigue siendo un ser humano entero, con su pasión, su angustia, su deseo de vivir y su miedo a morir”. Este reconocimiento —tan simple y, sin embargo, tan negado— es clave para entender la vigencia de su obra en torno a la longevidad.

La libertad de elegir

La vejez que Beauvoir no imaginó no tiene que ver con cuerpos que buscan la juventud eterna ni con tecnologías que prometen detener el tiempo. Es otra cosa: una etapa legítima, con valor propio, donde todavía es posible elegir y crear.

Seguramente habría observado con interés cómo hoy los mayores reclaman un lugar activo. Habría sido crítica de cualquier visión ingenua que idealice el proceso, pero también se habría conmovido ante la posibilidad de que una vida más larga permita empezar de nuevo. Desde su enfoque existencialista, nos recordaría que envejecer no implica perder la libertad, a menos que uno mismo renuncie a ella.



Un proyecto colectivo

Lo notable es que su defensa de la dimensión erótica, intelectual y creativa sigue siendo profundamente actual. Beauvoir insistía en que no debía haber una renuncia obligatoria al deseo ni a la imaginación. El mundo “silver” contemporáneo —con su vida digital, sus proyectos y sus comunidades emergentes— parece darle la razón.

En el tramo final, Beauvoir se vuelve íntima al observar a su madre y a sus amigos. Allí escribe: “El tiempo vivido se vuelve más denso cuando sabemos que es más corto”. La frase captura la esencia de una longevidad con sentido: que los años añadidos no sean solo cantidad, sino intensidad.

Finalmente, deja un gesto decisivo: recordarnos que envejecer *no es un accidente ni una derrota, sino el camino inevitable —y habitable— de la existencia.*

¿Hay algún tema que te interese especialmente?
Escribinos a info@latitudsilver.com. Nos encantaría recibir tus ideas y sugerencias.

La longevidad nos encontró sin manual de instrucciones



Durante décadas, la longevidad fue una buena noticia abstracta. Aparecía en estadísticas, en gráficos optimistas, en promesas de un tiempo extendido que siempre parecía pertenecer a otros. Vivir más era un logro colectivo, una conquista de la medicina, una cifra en ascenso. *Hasta que dejó de ser teoría y se volvió experiencia.* Nos alcanzó. Y nos encontró así: trabajando más de lo previsto, con padres longevos que todavía requieren presencia, con hijos adultos que aún necesitan apoyo, y con un cuerpo que ya no responde igual... *pero tampoco se rinde.*

La prolongación de la vida no vino con un manual de uso. No hay instrucciones claras para administrar estos años extra, ni un lenguaje preciso para describir la experiencia de vivir más que nuestros padres y abuelos.

Nadie nos enseñó a habitar esta etapa que ya no es “vejez” ni es la madurez que conocíamos, sino un territorio intermedio, todavía sin nombre. Un espacio vital cargado de posibilidades, sí, pero también de preguntas nuevas.

Porque vivir más también implica reacomodar todo: la identidad, el deseo, el trabajo, la pareja, el tiempo. Supone aceptar una paradoja inédita: sentirnos jóvenes para algunas cosas y demasiado grandes para otras. Tener energía, curiosidad y ganas de empezar de nuevo, y al mismo tiempo convivir con pérdidas que antes llegaban mucho más tarde. Amistades que ya no están, roles que se diluyen, versiones de nosotros mismos que dejan de encajar.

La longevidad nos empuja a una pregunta profunda —y a veces incómoda—: ¿quién queremos ser cuando ya cumplimos con gran parte de los mandatos? Cuando ya hicimos lo que “había que hacer”. Cuando criamos, trabajamos, sostuvimos, respondimos. ¿Qué hacemos ahora con la libertad conquistada? ¿Qué hacemos con la culpa por usarla? ¿Qué hacemos con esas ganas —a veces secretas— de cambiar de vida, de casa, de trabajo o de paisaje, cuando el mundo espera que seamos previsibles y agradecidos?

También aparece el miedo. No el miedo estridente, sino ese más sutil, que camina en silencio: el miedo a equivocarnos cuando el tiempo se vuelve visible. A elegir mal justo ahora, cuando sentimos que los años ya no sobran, sino que se vuelven valiosos. La longevidad trae consigo una conciencia nueva: cada decisión pesa más, pero también importa más.

Mientras tanto, el mundo no termina de adaptarse. El mercado, la política, la medicina y la cultura siguen ofreciendo respuestas viejas para una vida nueva. Nos piden que trabajemos más tiempo, pero nos tratan como si entendiéramos menos.

Hablan de diversidad, pero siguen incomodándose con la edad. Prometen juventud eterna, pero dicen poco sobre la belleza real de esta etapa: esa mezcla de lucidez, memoria, paciencia y una forma de libertad que aparece cuando el reloj deja de ser enemigo y empieza a ser aliado.

Porque hay algo que se gana con los años, aunque no se diga lo suficiente.

Se gana perspectiva. Se gana la capacidad de elegir mejor las batallas. Se afina el criterio para distinguir lo esencial de lo accesorio. Se gana, en muchos casos, una honestidad nueva con uno mismo. La longevidad no es solo tiempo acumulado: es profundidad.



Quizás el verdadero desafío no sea encontrar instrucciones, sino escribirlas.

Redefinir qué significa tener 55, 60 o 70 en un mundo que todavía no sabe muy bien cómo mirarnos. Elegir qué dejar atrás y qué profundizar. Diseñar nuevas rutinas que respeten el cuerpo y alimenten la curiosidad. Abrir espacio para amistades nuevas, para proyectos distintos, para formas de disfrute que antes no entraban en agenda. Dejar de esperar que alguien nos diga qué se puede y qué no.

En esta etapa, por primera vez, el guion está verdaderamente en blanco. No porque no haya historia previa, sino porque *ya no necesitamos seguirla al pie de la letra*. Podemos editar, tachar, reescribir. Podemos quedarnos donde estamos o movernos. Bajar el ritmo o acelerarlo en lo que importa. Podemos, incluso, *permitirnos no saber*.

Vivir más es un privilegio. Pero no es un regalo pasivo. Exige creatividad para inventar nuevas formas de estar en el mundo. Coraje para desobedecer expectativas ajenas. Y una cuota de irreverencia para no aceptar que esta etapa sea apenas un epílogo.

Después de todo, si la longevidad nos encontró sin instrucciones, tal vez no sea un error del sistema. Tal vez sea una invitación: la de convertir estos años extra en un territorio propio. Vivirlos no como una prórroga, sino como una oportunidad consciente. Inventar, por fin, una manera personal de seguir adelante.

No es una crisis.
es un cambio
estructural.



De las ciudades azules a Buenos Aires: *el encuentro que puso en foco el cambio demográfico*

El pasado jueves 23 de abril, el Planetario Galileo Galilei fue escenario de una conversación que ya no admite postergaciones: cómo gestionar —a tiempo— el cambio demográfico. Bajo el título “*De las ciudades azules a Buenos Aires: el desafío de gestionar el cambio demográfico a tiempo*”, este encuentro reunió a más de 250 personas y a referentes del pensamiento económico, la salud, la psicología y la política pública para abordar este fenómeno tan inevitable como subestimado.

Organizado por The Shift Challenge —el equipo detrás del Silver Economy Forum— junto al Gobierno de la Ciudad y con el apoyo de la embajada de Costa Rica, el evento se consolidó como un hito en la agenda de la longevidad y la Silver Economy en la región.

La jornada dejó en claro que la longevidad ya no es una tendencia futura, sino una realidad presente. En Buenos Aires, una de cada cuatro personas tiene más de 60 años. La pregunta, entonces, no es si estamos preparados, sino cuánto estamos dispuestos a transformar.

De riesgo a oportunidad

Andrea Falcone, Co - Fundadora y Directora Ejecutiva de **The Shift Challenge**, planteó el dilema con claridad: la ola demográfica avanzará de todos modos. La diferencia está en cómo se la gestiona. Ignorarla implica más vulnerabilidad; anticiparse, en cambio, abre un campo de oportunidades económicas y sociales todavía poco explorado.



Dra. Andrea Falcone, founder & CEO de Silver Economy Alliance

Esa tensión atravesó todo el encuentro. La longevidad dejó de presentarse como una carga para los sistemas previsionales y comenzó a discutirse como motor de desarrollo. La llamada Silver Economy apareció así no como un nicho, sino como un nuevo paradigma productivo.

Rediseñar la vida, no solo las ciudades

El economista **Andrew J. Scott** propuso una idea que resonó durante toda la jornada: la vida de 100 años no puede organizarse con las reglas del siglo XX. Educación, trabajo y retiro ya no pueden pensarse como etapas rígidas y secuenciales.

En esa línea, **Rafael Rofman** fue contundente: los sistemas actuales —educativos, sanitarios, urbanos— fueron diseñados para sociedades jóvenes. Pretender que funcionen en una población que vive más es, simplemente, insostenible.

Economía personal en tiempos de incertidumbre

Claudio Zuchovicki llevó la discusión al terreno financiero con una advertencia directa: depender exclusivamente de la jubilación es, cada vez más, una apuesta incierta. En su mirada, el desafío es construir autonomía económica a lo largo de toda la vida. La idea de una “cápsula financiera” —una gestión activa del propio capital y de las fuentes de ingreso— se instaló como uno de los conceptos más pragmáticos del encuentro. En una sociedad longeva, el trabajo deja de ser una etapa para convertirse en un proceso continuo, flexible y, en muchos casos, reinventado.

Salud, deseo y sentido

Desde el campo de la medicina, **Guillermo Capuya** aclaró: no existe un fármaco que prolongue la vida de forma significativa. Lo que sí existe —y pesa más— es la combinación de genética, entorno social y hábitos.

Pero fue **José Eduardo Abadi** quien llevó la conversación a un plano más profundo: el de la subjetividad. En su intervención, subrayó que lo que sostiene la vitalidad no es solo la salud física, sino la capacidad de seguir deseando, aprendiendo y proyectando.

La longevidad, en este sentido, no se mide únicamente en años, sino en la calidad del vínculo con el tiempo por venir.

La ciudad como plataforma de longevidad

La mirada del **GCBA** en este encuentro representada por **Gabriel Mraida**, Ministro de Desarrollo Humano y Hábitat, reforzó la intención de posicionar a la Ciudad de Buenos Aires como referente regional en políticas para personas mayores. Desde programas de empleo hasta iniciativas de integración social, el foco está puesto en construir una ciudad que incluya a todos de forma estratégica.

El concepto de “**ciudades azules**” —inspirado en aquellas regiones del mundo donde la gente vive más y mejor— funcionó como horizonte. Pero no como modelo a copiar, sino como invitación a adaptar prácticas: urbanismo accesible, redes comunitarias activas, prevención en salud y participación intergeneracional.

Un cambio cultural en marcha

Entre datos, advertencias y propuestas, el encuentro dejó una certeza: *debemos pensar en la longevidad como una etapa con valor propio, productivo y significativo.*

Como señaló Abadi, quizá el verdadero cambio sea aprender a dialogar entre generaciones. No desde la asistencia, sino desde la colaboración.

Porque, en definitiva, gestionar la longevidad no es solo sumar años a la vida, sino —y sobre todo— **sumar vida a los años.**



Mijális Jaidúts, cónsul de Grecia; Alex Rojas, embajador de Costa Rica; Melina Yanulis, Director of Strategic Alliances en The Shift; y Paula Alexim, primera secretaria de la Embajada de Brasil.



Dra. Andrea Falcone, founder & CEO de Silver Economy Alliance; y Carlos Mazalán, fundador de Mazalán Comunicaciones.



María Belén Aramburu, Eleonora Cole y Andrea Falcone.

El deseo no envejece: *erotismo, intimidad* y la nueva *libertad* de los cuerpos



En la práctica clínica hay algo que aparece con mucha más frecuencia de lo que solemos admitir en público: *el deseo no desaparece con la edad*. Cambia, se desplaza, se resignifica, pero rara vez se extingue.

Sin embargo, durante décadas operó una especie de acuerdo tácito — más cultural que biológico— según el cual la sexualidad debía ir retirándose a medida que avanzaban los años. No porque el cuerpo lo exigiera necesariamente, sino porque el entorno dejaba de habilitarlo. Muchos pacientes no consultaban por falta de deseo, sino por la sensación de que ya no “correspondía” tenerlo.

Lo que estamos viendo hoy es el comienzo de una ruptura de ese mandato.

No se trata de una prolongación artificial de la juventud, ni de una negación del envejecimiento. Es, más bien, la aparición de una forma distinta de erotismo: menos centrada en el rendimiento, menos dependiente de la mirada ajena y, en muchos casos, más conectada con la propia experiencia.

En la madurez, el deseo suele desprenderse de la urgencia. Ya no está tan ligado a la validación externa ni a la necesidad de demostrar algo. Aparece de otra manera: más selectivo, más consciente, a veces más lento, pero también más propio. No necesariamente más débil, sino menos condicionado.

Durante mucho tiempo, la sexualidad se pensó casi exclusivamente en relación con la reproducción y con un ideal estético asociado a la juventud. Bajo esa lógica, el envejecimiento implicaba una pérdida de valor erótico. Ese supuesto— que hoy identificamos como una forma de edadismo— generó una disociación bastante evidente: personas con deseo, pero sin legitimidad para ejercerlo.

En la consulta, esa tensión se ve con claridad. Hombres y mujeres que sienten, que desean, que buscan contacto, pero que al mismo tiempo cargan con la incomodidad de sentirse fuera de escena. Parte del trabajo terapéutico consiste, justamente, en desarmar esa idea.

Porque lo que cambia con el tiempo no es la capacidad de desear, sino la forma en que ese deseo se organiza.

El cuerpo, en ese sentido, deja de ser un objeto que se evalúa desde afuera para convertirse en un territorio que se habita desde adentro. Aparecen marcas, límites, transformaciones. Pero también aparece algo que no estaba antes:

Memoria. Registro.

Conocimiento de uno mismo.

Esa experiencia acumulada tiene efectos muy concretos en la vida sexual. Muchas personas llegan a esta etapa sabiendo con bastante claridad qué les gusta, qué no, y qué ya no están dispuestas a tolerar. Esa precisión — que no siempre está presente en la juventud— modifica la calidad del encuentro.

Desde el punto de vista fisiológico, es cierto que hay cambios. Las respuestas pueden ser más lentas, la excitación menos inmediata, y en algunos casos se requiere mayor estimulación o ciertos apoyos externos. Pero reducir la sexualidad a esos parámetros es perder de vista el fenómeno completo.



Lo que suele ocurrir es un corrimiento del eje. La sexualidad deja de organizarse exclusivamente alrededor del coito o del “resultado” y se vuelve más amplia, más sensorial. El tiempo juega otro papel. El contacto, la piel, la intimidad emocional adquieren un peso distinto. No es tanto una pérdida como una reorganización del repertorio.

También cambia el modo en que se construye la intimidad. En las parejas de larga duración, el desafío no suele ser la falta de historia, sino su exceso: cómo reintroducir novedad en un vínculo conocido. En los vínculos nuevos, en cambio, aparece algo que muchas personas describen como una forma de libertad inesperada: la posibilidad de relacionarse sin el peso de los mandatos reproductivos o de ciertos guiones sociales.

En ambos casos, hay un elemento que se vuelve central: la posibilidad de mostrarse tal como uno es en el presente, sin la exigencia de sostener versiones anteriores de sí mismo.

A nivel subjetivo, muchas personas describen esta etapa como un momento de mayor autonomía. Los mandatos más fuertes —familiares, laborales, sociales— ya fueron atravesados. Eso abre un espacio que puede vivirse con incertidumbre, pero también con una libertad nueva.

En ese contexto, el deseo deja de ser algo que se justifica y pasa a ser algo que se elige. Y esa diferencia no es menor.

Hablar de erotismo en la madurez no debería ser visto como una provocación, sino como un ajuste necesario en la forma en que entendemos la vida sexual. Porque si el deseo forma parte de la experiencia humana, no hay razón para que quede excluido justamente en una etapa donde, en muchos aspectos, hay más tiempo, más conciencia y más posibilidad de decidir.

El cuerpo cambia, sin duda. Pero no deja de ser el lugar donde se produce el vínculo, el

placer y el encuentro.

Quizás el desafío no sea sostener el deseo tal como era, sino permitirle transformarse sin interpretarlo como una pérdida.

Porque, en definitiva, lo que empieza a quedar atrás no es el deseo, sino la idea de que solo puede existir bajo una única forma.

Desde una perspectiva clínica, tal vez sea momento de introducir una recomendación más directa. No todo lo que la cultura enseñó sobre la sexualidad en la edad madura merece ser conservado. Muchos de esos mandatos —la discreción obligada, la renuncia implícita, la idea de que “ya no corresponde” — no tienen fundamento biológico ni psicológico: son construcciones sociales que pueden, y quizás deban, ser revisadas.



Animarse a sostener el deseo, a explorarlo y a darle un lugar activo en esta etapa de la vida no es un exceso, sino *una forma de salud*. Implica correrse de la expectativa ajena, habilitar la curiosidad y permitirse experimentar nuevas formas de intimidad y placer, sin la carga del juicio.

En este sentido, la madurez ofrece una oportunidad poco frecuente: la de vivir la sexualidad con menos presión, más conciencia y mayor libertad. Aprovecharla requiere, en muchos casos, un gesto deliberado: dejar caer prejuicios, flexibilizar ideas aprendidas y asumir que el derecho al goce no tiene fecha de vencimiento.

No se trata de forzar nada, sino de permitir. No de responder a una exigencia, sino de abrir un espacio. Porque sostener el deseo —cuidarlo, explorarlo, compartirlo— no es un acto menor. Es, en última instancia, una manera de seguir afirmando la vida.

Nos interesa tu opinión y tus sugerencias.
Escribinos a info@latitudsilver.com y ayudanos a seguir mejorando.

Shoshana Zuboff: la lucidez necesaria en la era del “capitalismo de vigilancia”



Hay intelectuales que hacen ruido. Y hay otros, como *Shoshana Zuboff*, que hacen algo más incómodo: *hacen ver*.

Sin estridencias ni frases para remeras, esta profesora emérita de Harvard Business School se convirtió en una de las voces más lúcidas para entender el mundo digital en el que vivimos. Un mundo donde creemos usar tecnología... cuando en realidad *vivimos dentro de ella*.

A sus más de 70 años, Zuboff no llegó tarde a la conversación: llegó antes que todos. Ya en los años 80, cuando una computadora era poco más que una máquina de oficina con pretensiones, ella empezó a hacerse una pregunta incómoda: ¿qué pasa cuando la tecnología deja de ser una herramienta y se convierte en el entorno?

La diferencia parece sutil, pero no lo es. Una herramienta se usa: se prende, se apaga, se guarda. Un entorno se habita. Y cuando algo se convierte en entorno, empieza a definir reglas, comportamientos y hasta deseos. No es lo mismo tener un martillo que vivir dentro de una obra en construcción permanente.

**Cuando dejamos de usar...
y empezamos a vivir adentro**

Zuboff detectó ese cambio antes de que tuviera nombre. El momento en que las plataformas digitales dejaron de ser servicios

opcionales para convertirse en el escenario donde transcurre la vida: compramos, trabajamos, nos informamos, nos enamoramos, discutimos y recordamos... todo dentro del mismo ecosistema.

En ese nuevo entorno, la tecnología ya no solo facilita acciones: las condiciona. No solo organiza información: organiza prioridades. No solo muestra el mundo: lo edita.

Y lo hace con una elegancia inquietante. Nadie nos obliga. Nadie grita. Nadie impone. Simplemente... sugiere. Una notificación acá, una recomendación allá, un video que “casualmente” aparece en el momento justo. Como ese amigo que siempre tiene una opinión... y que, sin darte cuenta, termina eligiendo por vos.

El negocio invisible

En su obra más influyente, *The Age of Surveillance Capitalism* (2019), Zuboff describe un fenómeno que redefine las reglas del juego: el llamado **capitalismo de vigilancia**. No es un capitalismo que vende productos, sino que predice comportamientos. Y, si puede, los modifica.

El recurso más valioso ya no es el petróleo ni el dinero: es la experiencia humana. Cada clic, cada pausa, cada duda, cada desliz del dedo sobre la pantalla deja un rastro. Y ese rastro no se desperdicia. Se analiza, se procesa y se transforma en predicciones sobre lo que vamos a hacer.

Pero hay un paso más —y es el verdaderamente inquietante—: no solo se predice, también se interviene. Las plataformas prueban constantemente pequeñas variaciones: cambian colores, tiempos de espera, orden de contenidos. Todo para observar cómo reaccionamos.

Lo que antes era un experimento de laboratorio, hoy ocurre en escala masiva. Sin consentimiento explícito. Sin aviso. Sin bata blanca, pero con millones de “participantes”.

Dicho en criollo: no somos solo usuarios. Somos, también, conejillos de Indias... pero con Wi-Fi.



La comodidad como estrategia

Lo más sofisticado de este sistema no es la tecnología, sino su narrativa. No se impone por la fuerza, sino por la comodidad. Nos da mapas, respuestas instantáneas, recomendaciones precisas. Nos simplifica la vida. Y a cambio, entregamos datos.

Ese es el verdadero intercambio: conveniencia por información, eficiencia por intimidad.

Zuboff insiste en que la pérdida de privacidad no es un accidente: es el modelo de negocio. Pero como ocurre de manera gradual y envuelta en beneficios, resulta casi invisible. Nos acostumbramos. Naturalizamos. Y, en ese proceso, algo se adormece: la conciencia.

La desposesión silenciosa

Uno de los conceptos más potentes que propone es el de “desposesión epistémica”: la idea de que otros saben más sobre nosotros que nosotros mismos. Nuestro “yo digital” —ese perfil construido a partir de datos— puede volverse más predecible que nuestro propio pensamiento.

Y cuando la predicción reemplaza a la reflexión, perdemos algo esencial: la capacidad de sorprendernos. De cambiar de idea. De no ser obvios.

En términos simples: dejamos de decidir... para empezar a reaccionar.

Por qué esto importa (y mucho) para la Generación Silver

Aquí es donde el pensamiento de Zuboff conecta de lleno con la Generación Silver. Porque si hay alguien que puede dimensionar este cambio, es quien vivió antes del mundo digital.

Quienes crecieron en un entorno analógico saben lo que significa la intimidad sin intermediarios. Recuerdan un tiempo donde la vida no dejaba rastro constante. Donde una conversación no era un dato, sino un momento.

Esa memoria comparativa es un activo enorme. Permite detectar cuándo un beneficio se convierte en dependencia. Cuando una ayuda se vuelve invasión. Cuando la tecnología deja de acompañar... para empezar a dirigir.

Y también permite algo fundamental: poner límites.

No desde la nostalgia —nadie quiere volver al teléfono con cable enrollado— sino desde la conciencia. Desde la capacidad de decir: “esto me sirve, esto no”. “Hasta acá sí, más allá no”.

La autonomía como músculo

Zuboff no es una tecnófoba. No propone desconectarse ni huir a una cabaña sin señal. Su planteo es más exigente: recuperar la autonomía dentro del sistema.

Porque la libertad, hoy, no se juega en grandes gestos épicos, sino en decisiones pequeñas. Cotidianas. Casi invisibles.

Elegir no hacer clic. Dudar antes de aceptar. Leer —aunque sea una vez— esos eternos “términos y condiciones” que todos ignoramos como si fueran la letra chica del destino.

La autonomía funciona como un músculo: si no se usa, se atrofia. Y el problema de los entornos digitales es que están diseñados, justamente, para que no tengamos que usarla demasiado.

Todo está pensado para facilitar. Para anticipar. Para evitar el esfuerzo de decidir.

Y ahí está la trampa.



Un poco de humor (porque sin humor no hay sociología que aguante)

Si esto suena demasiado serio, pensemos en algo cotidiano: ¿cuántas veces el teléfono “adivinó” lo que queríamos? ¿Y cuántas veces, después de eso, dejamos de pensar qué queríamos realmente?

Es como ese mozo que ya te trae “lo de siempre” sin preguntarte. Al principio es cómodo. Después... un poco inquietante. Y finalmente, peligroso: un día te das cuenta de que hace años no elegís el menú.

¿Hay salida?

Para Zuboff, sí. Pero no automática. No mágica. No tecnológica. La salida es política, cultural y personal. Implica exigir reglas, transparencia, responsabilidad. Pero implica algo más íntimo: recuperar la atención.

Volver a mirar. A preguntar. A desconfiar un poco de lo demasiado fácil. Enseñar —y aprender— que la privacidad no es un lujo, sino un derecho. Que un clic no es inocente. Que cada interacción deja huella.

Y que esa huella tiene valor.



El valor de seguir siendo impredecibles

En última instancia, lo que está en juego no es la tecnología, sino la condición humana. La posibilidad de no ser completamente predecibles. De cambiar de opinión. De sorprender —y sorprendernos.

Para la Generación Silver, esto no es teoría. Es experiencia. Es haber atravesado cambios, crisis, transformaciones profundas. Es saber que nada es inevitable.

Zuboff lo dice sin dramatismo, pero con firmeza: el futuro digital no está escrito por los programadores, sino por los ciudadanos. Por lo que aceptamos. Por lo que cuestionamos. Por lo que decidimos no ceder.

Un brindis por la lucidez

En un mundo que premia la velocidad, detenerse a pensar es casi un acto de rebeldía. Y en un entorno que todo lo registra, elegir qué mostrar es una forma de dignidad.

La obra de Shoshana Zuboff no es un grito alarmista. Es algo más útil: una invitación a ver. A entender que detrás de la pantalla amable hay estructuras de poder. Que detrás de la comodidad hay decisiones. Y que detrás de cada clic... hay una elección.

¿Hay algún tema que te interese especialmente?
Escribinos a info@latitudsilver.com. Nos encantaría recibir tus ideas y sugerencias.

TAI CHI CHUAN

La revolución silenciosa del *movimiento lento*



En plazas, clubes y terrazas de barrio, una escena empieza a repetirse con una calma que contrasta con el pulso acelerado de la época: grupos de hombres y mujeres de 60, 70 y 80 años se mueven en silencio, encadenando gestos lentos, circulares, casi coreográficos. No es gimnasia tradicional ni meditación en sentido estricto. Es *Tai Chi Chuan*, una práctica milenaria que hoy encuentra en la longevidad su terreno más fértil.

Lejos de ser una moda pasajera, su expansión responde a un cambio más profundo. Centros comunitarios que antes ofrecían caminatas o rutinas suaves ahora lo incorporan como eje; programas de salud pública lo recomiendan para prevenir caídas; y las clases, antes pobladas por jóvenes curiosos, hoy están protagonizadas por adultos mayores. La tendencia crece desde hace años y revela algo más que una preferencia: señala una necesidad.

El Tai Chi propone una relación distinta con el cuerpo. No exige velocidad, fuerza explosiva ni flexibilidad extrema. Tampoco impone metas de rendimiento.

En cambio, ofrece movimientos lentos que se sincronizan con la respiración y generan una sensación inmediata de equilibrio. Para cuerpos atravesados por rigidez, dolor o pérdida de estabilidad, moverse sin exigencia deja de ser un límite y se convierte en posibilidad.

La ciencia acompaña esa percepción. Diversos estudios muestran mejoras en el equilibrio, la fuerza en piernas y cadera, la capacidad pulmonar y la atención. También registran una reducción significativa en el riesgo de caídas. No hay transformaciones espectaculares, pero sí un efecto más decisivo: la conservación de la autonomía. En una sociedad que suma décadas a la expectativa de vida, esa independencia cotidiana adquiere un valor central.

Pero su impacto no es sólo físico. La práctica introduce una cadencia mental que ordena sin forzar. En una etapa atravesada por cambios, diagnósticos y nuevas demandas —muchas veces mediadas por la tecnología—, el Tai Chi ofrece un ritmo alternativo: más lento, más consciente, más habitable. No busca rejuvenecer, sino reconciliarse con la propia edad.

También hay un componente social difícil de reemplazar. Las clases construyen comunidades sin competencia ni jerarquías, donde conviven trayectorias diversas. Se comparte el aprendizaje, se acompaña al que empieza, se celebra cada avance. En un momento de la vida donde la soledad puede volverse una presencia concreta, ese tejido colectivo resulta tan valioso como el ejercicio mismo.

En ese cruce entre cuerpo, mente y vínculo aparece su dimensión más profunda. El Tai Chi no plantea una lucha contra el paso del tiempo, sino otra forma de transitarlo. No hay promesas de juventud eterna, sino una invitación a moverse con conciencia, integrar las limitaciones y encontrar belleza en la lentitud.



Quizá ahí resida la clave de su crecimiento. En un mundo que vive más años, pero no siempre mejor, el Tai Chi ofrece una respuesta simple y sofisticada a la vez: sostener el movimiento sin violencia, habitar el cuerpo sin urgencia, construir comunidad sin ruido.

La escena, entonces, deja de ser apenas curiosa. Es, en silencio, una señal de época. Porque en esos gestos lentos —casi imperceptibles— se ensaya otra idea de longevidad: menos asociada a la resistencia y más cercana al arte de saber habitar el tiempo.

Nos interesa tu opinión y tus sugerencias.
Escribinos a info@latitudsilver.com y ayudanos a seguir mejorando.

Agradecimientos

A Andrea Falcone, por su generosidad y apoyo a este proyecto. ¡Gracias!

A Camila Scaliter, por su involucramiento, su profesionalismo y su buena onda. ¡Gracias!

Al equipo de Latitud Silver, por su compromiso, dedicación y profesionalismo.

Y a amigos y amigas que colaboraron con sus opiniones, consejos y acompañamiento durante este proceso. ¡Gracias!

Colofón

Latitud Silver

Latitud Silver nace como un espacio editorial para interpretar y dar forma a una nueva etapa de la vida: la longevidad activa. Busca visibilizar, comprender y acompañar a una generación que redefine el significado de vivir, crear y proyectarse después de los 55 años.

Su objetivo es construir un nuevo lenguaje cultural, alejado de estereotipos, que reconozca la experiencia como valor y abra preguntas sobre cómo habitar este tiempo con sentido, libertad y propósito.

Edición

Número 1
Junio 2026
Buenos Aires, Argentina

Staff LS

Director Editorial	José E. Scaliter
Chief Creative Officer	Camila Scaliter
Art & Visual Identity	Agostina Cantaluppi
Diseño Gráfico Web	Matias Ferrero
Digital & Community	Federico Walo
Finance & Operations	Silvana Apter

Uso de IA

En Latitud Silver usamos inteligencia artificial como herramienta de trabajo editorial, para investigar, redactar borradores y generar imágenes. Toda la selección temática, la edición final y la responsabilidad sobre lo publicado es humana y editorial. Lo declaramos porque creemos que la transparencia no es una obligación: es un valor.

Copyright

Latitud Silver® es una marca registrada.
Todos los derechos reservados.

Tipografías

Libre Baskerville y Plus Jakarta Sans conforman el sistema tipográfico de Latitud Silver, priorizando una buena legibilidad y claridad.

Sugerencias

Nos interesa tu opinión y tus sugerencias. Escribinos a info@latitudsilver.com y ayudanos a seguir mejorando.

Intereses

¿Hay algún tema que te interese proponer? Escribinos a info@latitudsilver.com. Nos encantaría recibir tus ideas y sugerencias.

Encontranos online

www.latitudsilver.com
Ig: @latitudsilver
Lnkd: Latitud Silver

**Latitud
Silver®**

Número 1